



**Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla**

Pregón

Semana Santa 1985

José Luis Peinado Merchante

**Pregón de la Semana Santa
Sevilla
24 de marzo de 1985
José Luis Peinado Merchante**



Un Pregón más. Como los anteriores, un Pregón de la Semana Santa de Sevilla. Permitidme, en este primer momento, una confidencia: que, si no es habitual que un cura dé el Pregón, tampoco lo es para un pregonero -y ese es mi gozo hoy- tener en este acto presente a mi querido Pastor contar con la presencia moral de quien, por tanto tiempo, ha sido mi Padre y Maestro. ¡Bienvenido a este solemne acto, Sr. Arzobispo! ¡Un saludo a través de las ondas, Sr. Cardenal! ¡Con vuestra bendición!

Excmo. Sr. Alcalde de la Ciudad de Sevilla. Excmos. e Ilustrísimos señores. Ilmo. Sr. Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías. Señoras y señores. Cofrades. Sevillanos todos.

Gracias, desde mi primera palabra pregonera, Sr. Alcalde, por vuestra designación; gracias al Sr. Teniente de Alcalde, que tan cariñosamente me ha presentado.

Gracias, Consejo, porque al elegirme habéis depositado en mí esta gran confianza, que, a su vez, trae tanta satisfacción a mi sevillanía y tan cualificada responsabilidad. La llevaré adelante, bien sujeto a las manos atadas de mi Señor del Silencio -por cierto, ¡qué paradoja!: Silencio... y ¡yo he de hablar! -. Y seguro del cuidado de mi Virgen de la Amargura.

Gracias a cuantos, conocidos y no, me han hecho llegar la certeza de unas oraciones para este momento, que ahora tanto valoro.



SEVILLANO Y COFRADE

Fue en el día de la Inmaculada cuando un repique de Giralda y un baile de seises me sonó a sevillana rúbrica al conocer mi elección como pregonero.

Fue en la Judería don de nacía a la vida.

Fue nacer a la vida de hijo de Dios y al instante nacer a la vida cofrade. Fue al calor de esta vida cofrade donde se gestó mi vocación sacerdotal.

¿Se puede nacer - ¡qué alegría! - más sevillanamente al Pregón, a la vida, a la Iglesia, a las Cofradías, a la vocación?

Porque es hasta bonito nacer en la Aljama de Sevilla, Judería. barrio de San Bartolomé, asimétrico, abigarrado, de paredes blancas y solerías de puro ladrillo, lugar de sosiego, encanto y naturalidad único aún en la Sevilla de hoy. Calles Levías, Verde, Lirio; paz de Plaza de las Mercedarias de conventual intimidad. Y en el centro, la Parroquia, antigua Sinagoga, relicario de esa Virgen que para llamarse se llama y es Alegría; a cuyos pies esperan mis mayores la Resurrección final y a cuyo altar traje por vez primera al Dios Eucaristía para darlo a todos.

Luego, en la Alfalfa, creceré y me abriré a la vida, con unos padres, una familia, que siempre alimentaron y alimentan su vivir cristiano en la permanente esencia del ser cofrade. De la mano de ellos, a su ejemplo, fue mi primera salida nazarena; y aquella oración, todos los hermanos reunidos ante el palio de la Señora que acababa de entrar en la noche del Domingo, familiar remate de la estación de penitencia.

Padre: ¿usted es el pregonero?, pues hijo, ¡déjame que te dé un beso! Así, con un cariñoso beso, me felicitaba una anciana para mí desconocida, mezclando "usted y tú" entrañablemente; ¿puede extrañaros que mi pensamiento valora de inmediato a aquella mi abuela tan cofrade que, casi agonizando, nos mandó salir de casa porque el Cachorro estaba en la calle?

¡Ojalá estos pilares sean el mejor apoyo para mi Pregón!

PROPOSITO

Pregón de siete maravillosos días en las calles de nuestra inigualable Sevilla. Y os lo diré sencillamente en procesión, desde la Cruz de Guía en el dintel



de la salida, hasta el cerrojazo a la entrada de la Cofradía.

FIESTA RELIGIOSA HECHA POR SEVILLA

Los sevillanos somos muy dados al rito. Rito es el recuerdo del acontecimiento que no se quiere olvidar. Y fiesta es el conjunto de ritos con significado para una colectividad. La razón, pues, de la fiesta es aquel acontecimiento que la provoca; sin esa razón quedaría en pura forma en sí misma.

La Semana Santa de Sevilla es la fiesta por excelencia de la ciudad. En una ciudad tan dada al cultivo de la forma, quedarse en ella es un evidente riesgo. Pero, ¿es que el esteticismo del paso de palio en la tarde-noche hace olvidar el dolor de la Madre tras su Hijo?, ¡no! Sin embargo, esta fiesta en nuestra Sevilla ha llegado a ser un juego estético de primavera; y quizá convenga hacer notar que no hay estética sin ética, que la fiesta no será auténtica si es simplemente ritual, por muchos matices que tenga. Que siempre la fiesta ha de llevarnos a su fundamento; y ésta, ¡a la Pasión, Muerte y Resurrección del Redentor!, hecho todo en Cofradía, por los cofrades y por el pueblo. Incluso para el mismo Pregón: es la sencilla mujer que me pide ¡no olvide usted un piropito para mis Gitanos! Es ese hombre que, al pasar Cristo y la Virgen pisando su calle, baja de su casa, se trae a la acera todos sus problemas, los pone allí mismo calladamente, y así, hace Cofradía sin vestir túnica, a veces sin saberlo, puede que sin quererlo...

COFRADIA:

RELIGIOSIDAD POPULAR DE SEVILLA

Pueblo y cofrades de una Sevilla ambivalente, que unas veces pone camino de la Catedral la gracia andante de un palio que arrebatara, el ritmo vibrante de una marcha, o el clamor de un barrio, y otras hace caminar con severa austeridad a Cristo, en el más elocuente de los silencios, porque si lo hiciera avanzar al son de una banda, Sevilla consideraría eso -permitidme la palabra- como todo un sacrilegio.

Pueblo y cofrades, que son una misma cosa en tradición y elegancia; que



saben hacer con sentido artístico, medida, belleza y armonía. Así, la Primitiva Hermandad de los Nazarenos de Sevilla, canon secular para procesión en marcha. Así, para el Cristo de las Penas y su Bendita Madre de los Dolores, la filigrana de artesanía, asombro de detalles, riqueza con sabor de larga historia, puestos a sus pies en homenaje para darles el mejor marco, entre azahar e incienso, en la puerta de San Vicente. Y en la misma talla, sobre el arte de nuestros imagineros, pueblo y cofrades hacen y logran milagro de claridad en la cara bonita de la Virgen de Guadalupe; o la cara de cielo y de Madre de aquella que invocamos como Virgen de la Victoria, extasiados ante la prodigiosa conjunción de dulzura, dolor y serenidad de la siempre primera y ya ¡última Cigarrera de Sevilla!

Pueblo y cofrades en sintonía de valores divinos y humanos. En esos siete días parece que aflora aún más nuestro sentido de solidaridad, de convivencia, de fraternidad, de alegría, de confianza para estar en la calle. Y se palpa la entrega, la generosidad, la identidad, el espíritu de equipo, la conservación de las tradiciones y el respeto a los mayores, la superación de generaciones. Se hace evidente el poder de convocatoria, la adaptación a los tiempos. Y, en un ámbito de total sevillanía, se unen historia y perdurabilidad. Semana Santa de Sevilla, triunfo del esfuerzo de ese pueblo, de esos cofrades. ¡Qué honda interrogante la de aquel poeta cuando certeramente se preguntó, adivinando por anticipado qué diría Sevilla!:

*Tanta repetición de tu agonía.
después de veinte siglos sin respuesta ...
y esa insistencia con la Cruz a cuestas
de morirte en la calle todavía.*

Y Sevilla dijo: lo haremos en Cofradía, llenos de advocaciones, con nazarenos, con nuestras vivencias, nuestros itinerarios; es decir, con lo que se ve y lo que va por dentro; en caridad, esperanza, fe, gracia y conversión, asidos fuertemente a nuestras Imágenes por las que también se trasciende a Cristo y a María, ¡qué así se llega al Padre! Feliz invento el de las Cofradías: por eso, Sevilla, ¡en ellas tienes el mejor de tus monumentos!

Religiosidad popular de Sevilla; porque se ha sabido unir el valor de la



lección de la Imagen con la riqueza de una canastilla y el logrado trazo al aire de los varaes, que hacen palio para Ella. Así se funden y complementan Imagen y pueblo.

Porque la Imagen no es para entretener, ¡es algo mucho más serio!, bendito canal de expresión; forma de sacar lo que llevamos dentro para contemplarlo, para ser conscientes de nuestros sentimientos, nuestras vivencias, experiencias, emociones y hasta de nuestra propia fe. Forma de manifestar a los demás lo que es más mío, lo que con palabras no podría expresar sino en balbuceo. Con la Imagen, el sevillano, irreflexivamente, dice a los demás lo íntimo, lo personal, ¡ésta es mi actitud, ésta es mi esperanza, ésta es mi fe!

Porque el sevillano prefiere un Dios que pasea por nuestras calles, donde hay vida; Imagen del mismo Dios que paseó por el Edén: «Los pasos de Yavé Dios que se paseaba por el Jardín a la hora de la brisa» ... Y es que Dios desde el primer momento se nos manifestó en la belleza, y Sevilla lo sabe, ¡aprendió la lección! Brisa, entre más bellezas, para pasear la ciudad, brisa en el candelabro, en la candelería, brisa que mueve al anclar la túnica del Señor de Pasión, brisa que besa con unción la mejilla de la Virgen de los Ángeles, en la Puerta Osario, camino de la Campana. Brisa en San Lorenzo, que la noche da rubores de cielo a la cara tan preciosa de María del Dulce Nombre. Brisa que mezcla incienso, olor de flor y hasta sudor costalero.

Incomprensible todo ello, sin duda, para quien desconozca nuestro carácter festivo, cuando damos la impresión de un malestar constante por el gris de la vida y, sin embargo, se nos ve abiertos como nadie a la luz de lo extraordinario. Y es saber que si la muerte es rutina, repetición, regreso, la vida triunfa en la fiesta y esa fiesta es ¡porque Jesús vence a la muerte con la Vida!

En la Semana Santa de Sevilla, se hace presente la dura vida, el hombre entero; más aún, los sevillanos nos sentimos una misma cosa, se superan hasta las ideologías, y todo queda vestido de esperanza, con la presencia de Dios tremendamente humanizada, encarnada en las calles de Sevilla.

Sevilla es así, sobre todo cuando se hace una piña con su Cristo y con su Virgen. ¡Sí!, Sevilla es así: difícil de entender -lo siento-. Por eso es agradecida con un Arzobispo que demuestra quererla y se desvive por estar en todo y con todos, desde que llegó, en las cosas de Cofradías; y agradecida con un Cardenal, anciano



y cofrade, que todavía hoy - ¡y por muchos años! - se sigue asomando al balcón de su casa, a rezar a los Cristos y Vírgenes de sus amores y a confortar con su presencia a los cofrades y Cofradías de Sevilla.

SENTIDO PEREGRINO DEL COFRADE SEVILLANO

Todo hombre, es peregrino: aunque no lo sepa, aunque no lo quiera.

El cristiano, da sentido a esta inevitable peregrinación de la vida: que por el bautismo somos Pueblo de Dios en marcha, peregrinos.

Y el sevillano - ¡qué sabiduría, la de esta tierra! -, el cofrade, que se sabe hombre, inevitable peregrino, Pueblo de Dios en marcha, y se dice: ¡vamos en estación de penitencia! Así el cofrade toma fuerzas de ese día, para hacer luego auténtico, durante todo el año, su peregrinar.

HACIA LA CATEDRAL

Cuando camina a la Catedral, el cofrade «sabe a dónde va»: a hacer su estación de penitencia, por duro que ello fuere. Cuando la Cofradía llega a la Catedral, el cofrade «sabe dónde está»: en la meta de su peregrinar, la que iguala a todos, refresca y reconforta, Iglesia viva que llega. Cuando el cofrade sale de la Catedral, os aseguro que «sabe de qué va»: que ha de volver, que las dificultades se multiplican, que todo ya pesa más, pero que llegará y rematará en la entrada, para seguir peregrinando hasta el año próximo, día tras día.

LA SALIDA

Y es verdad, ha sido preciso un gran esfuerzo, pero todo está a punto. Es casi el último instante: cuando en la Capilla del Baratillo, o en Los Panaderos, ni cabe el cuerpo de nazarenos, y hay dificultad hasta para organizar la Cofradía. La puerta se abre. La Cruz de Guía es puesta en alto. Hay un sordo clamor, como si el pueblo gimiera en el dolor: ¡Ven y sálvanos! Cruz de Guía: «Oye, Cristo, el grito de tu Pueblo».

Habrá que superar lo que parece imposible en la Hiniesta: que los brazos



de la Cruz, del Cristo de la Buena Muerte, no rocen la angosta puerta; o que, en San Esteban, el palio salga intacto del juego de sus varales con el punteado de la ojiva.

Y palparemos, en la tarde, el gozo de ese barrio, San Gonzalo, porque sale a sanar la que es Salud de los enfermos, Reina de aquel extremo de Sevilla, Madre vencedora de dificultades, Madre del Hijo que sufre las intrigas de Caifás que le entrega a los romanos.

CAMINAR EN GRACIA

Y porque hay que caminar en gracia, os llevaré a la plaza de Carmen Benítez; los balcones hechos como ramilletes de esperanza; la multitud estrenando Domingo de Ramos. Ya avanza el Nazareno en el calor de la tarde. A la estremecedora «levantá» del palio, se oye la caída del manto sobre el poyero. Sale Gracia y Esperanza. ¡Qué bien suena ese palio al andar! Y a ese cofrade de verdad, que culmina así todo un año, que -entregado- vivió la vida de la Hermandad ..., le asoman lágrimas, llora mansamente de alegría: así, ¡hasta tiene derecho a llorar!

CON OJOS LIMPIOS

Venid con ojos limpios para ver a Cristo en San Benito, por la Calzada. Seguro que Pilato no sabía que presentaba al nuevo modelo de Hombre, nuestro orgullo. Porque mostrándonos -con ese dedo- al Hombre-Dios, roto, y con espinas, decía al hombre de hoy, sobre todo al maltrecho y marginado: ¡He aquí al Hombre que hace nueva tu dignidad! Sí, porque Jesús es el Hombre, el Hombre nuevo. Con El por delante, podemos concurrir y concurrimos, a cara descubierta, ante el resto de la humanidad cuando vemos en el hombre su propia Imagen. Así, se construye el Reino de Dios entre nosotros; que sólo así llegará el día en que oigamos: «Ven a mí, porque tuve hambre y me diste de comer, estuve sin trabajo y luchaste por dármelo; enfermo y me hiciste compañía; vivía de forma infrahumana y te preocupaste; no sabía y me enseñaste; estaba equivocado y me corregiste; y abandonado, recibí tu amparo».



LA CONVICCIÓN

Y en la Cruz, desde el principio, ese Hombre-Dios. Semana Santa de Sevilla: una Cruz en alto, Cristo en ella, Sevilla a sus pies, Cachorro de Triana. Cristo total que si no acaba de morir es porque todo lo atrae hacia Sí... y aún siguen los tiempos; síntesis de humanidad, cuando la creación aún gime. Puente, sol de la tarde, Viernes Santo, Muerte y Vida. Entre el río, allá abajo, y las marismas eternas, todo un Dios clavado que viene de una punta de Triana. Sus brazos van al ras del horizonte aljarafeño y el sol del Altozano lo lleva en sus espaldas; su sombra se copia en el suelo de Sevilla, y no hay quien borre esa sombra por los siglos.

En todo el mundo, Cristo en la Cruz es un apretón de apuros al Crucifijo que se agarra, al que se habla. Pero en Sevilla, tener a un Cristo así clavado, es plenitud y gozo.

*Estás a punto de expirar
¡y eres hermoso,
Cachorro!; y esto
me lleva hasta a gritar:
Cachorro del Universo,
Cachorro, Cachorro ¡nuestro!*

FIRMEZA EN LA CONVICCIÓN

Acaban de dar las ocho, y comienza a oscurecer el Domingo de Ramos sevillano. En el corazón del pregonero su Cristo del Silencio, que vuelve majestuosamente la esquina de Feria a Torrejón. Días atrás - ¡qué agrídulce sensación! - le ató las manos. indigno camarero suyo. Y ahora va mansamente: burla y desprecio en su paso, orgullo y lección para Sevilla. Anda Cristo silente, suave, con empaque y solemnidad, y atruenan las trompetas y tambores. Se palpa en el pueblo que esta lección le llega: que va así porque proclamó la Verdad, la que nos hace libres; porque defiende la libertad; porque es modelo para el desvalido, el que tiene hambre y sed de justicia, el perseguido por ella, el constructor de la paz. Bienaventurados nosotros, por tener a este Cristo ¡y así!: bien plantado en su barrio, en las calles de Sevilla. Bienaventurada su hermandad y sus hermanos, si a diario aprendemos en El que, aun atados, podernos y



tenemos que ser libres para vivir y transmitir su mensaje de amor.

Blanca su túnica, blanca la de sus nazarenos, blanca - ¡qué suerte! - mi alba sacerdotal y mi túnica nazarena.

SIN DESFALLECER

En verdad que es Semana y Santa: Pasión de Cristo. Pasión del hombre en el diario vivir. Cruz de cada día. Y podemos desfallecer. La Cruz pesa. Seguimos caminando.

Hay en Sevilla un Señor fuerte y potente, Gran Poder. El que nos hace ver - ¡y de qué modo! - su dolor y el nuestro, con los que puede. Señor de cada viernes de Sevilla, mi Señor de tantos viernes. Gran Poder que cada madrugada entra en La Campana: Cabeza poderosa, valientemente adelantada. Asume el dolor y es espejo de todos los dolores. Para alivio, Gran Poder. Para fuerza, Gran Poder. Para sus confidencias, Gran Poder en el Templo o en la calle. Para todo el año, en cada momento, Gran Poder.

*Y como la vida sigue,
¡no puedes desfallecer!
Por eso, a tu lado: ¡vive,
Sevilla, agárrate al Gran Poder!*

SIN TRAICIONAR

¿Desfallecer sólo?, ¿Y cuándo traicionamos? Siempre me ha impresionado fuertemente ese Cristo que, en la calle Santiago, tiene que soportar el sucio beso de Judas. ¡Está tan cerca la boca del traidor de su mejilla!

Para la traición, Misericordia que ya es perdonar y más. Sigue, Cristo, repartiendo tu Misericordia. Ponle, Sevilla, en la Alcazaba, y hazle bajar con mimo esos escalones, que va crucificado. Y vuélvelo a la noche, plaza y fuente, piedra, naranjos y Giralda, estampa de Sevilla que no se puede perder.

CON PAZ

Vamos camino de la Catedral: ¿veis cómo el sevillano sabe lo que cuesta



peregrinar, y busca apoyo para hacerlo? Cierta la dificultad. Cierto el modo.

Pero todo hecho en paz. Virgen de la Paz. Color de tarde. Virgen blanca, como sus manos, su palio, su manto, su saya. Blanca Paz, verde del Parque y del que en Ti espera. Como te esperaba Madre, en San Telmo mi Seminario, cuando sólo a Ti veía en aquellas Semanas Santas - ¡qué insólito hoy, qué duro entonces! -Era mi diálogo contigo; y siempre creí, y creo, que el diálogo lo construye todo y, por supuesto, la paz.

SINTONIA CON LOS HERMANOS

Y en el aire de Sevilla, ahora de ida como lo será a la vuelta, la oración en la garganta, la saeta: la que hace llorar y fuera de Semana Santa, hasta a unas monjas de clausura en la voz de un Hermano Mayor que, tras la reja del locutorio, la cantaba. Ellas, que tanto saben de oración: ¡y luego dirán que es sólo sentimentalismo! Piropo de mis Gitanos. La saeta bien cantada. La letra que llega al alma, y del alma sube al Cielo. Acertó aquél con la suya:

*Tu muerta mirada fría
tiene el fuego de la llama.
Por tu boca, se derrama
la lucha de la agonía.
Y ardiente sangre rocía
el madero de tu Cruz...
¡Ay, Cristo de la Salud
ay, Cristo de los Gitanos!
por el cobre de tus manos,
¡desprendes rayos de luz!*

Bien llena la madrugada y en San Román, Sevilla no puede ser siquiera Pueblo de Dios en marcha. No cabe un alfiler en la Plaza. No hay quien se mueva. Milagro de salida en la madrugada: ¡que pueda pasar la Cofradía! Gitanos y payos, para las Angustias que acompaña a su Hijo; todos unidos en el aplauso, que es como el amén de la saeta, en la explosión de un mar de gentes, y no hacer



distingos entre hermanos.

La procesión, una vez más, sigue: Peñuelas, Bustos Tavera, Dueñas... ¿lo veis?

AI CULMINAR LA IDA

La Cofradía está haciendo su itinerario. La procesión ha salido; el esfuerzo comenzó y se mantiene; Cristo en alto atrae a todos: y para el caminar, la dureza, el desfallecer y hasta la traición, remedio de amores: gracia, ojos limpios, certeza de mensaje de Evangelio, esperanza, paz y unión. ¡Toda Sevilla apiñada, como cuando la saeta!

EN LA CATEDRAL LA LLEGADA

Y si al salir la Cofradía, Sevilla sabe a dónde va, al pisar la Catedral, el cofrade «sabe dónde está».

Vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus maños -dice la Escritura.

Y gritan con fuerte voz: ¡la salvación es nuestro Dios!, que va sentado en el Paso. Alabanza, Gloria, Sabiduría, Acción de Gracias, Honor, Poder y Fuerza a nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Yo les respondí: Señor mío, Tú lo sabrás. -Y ¡claro que lo sabes!, ¡son cristianos cofrades de Sevilla! -, me respondió. Esos son los que vienen de la gran tribulación; sus madres les han lavado, planchado y vestido sus túnicas; por eso están delante del Paso de Dios, dándole culto; y ellos han blanqueado sus almas en la sangre del Cordero. Ya no les molestará el sol, ni bochorno alguno, porque el Cordero, sentado en una borriquita en medio del Paso, los guiará, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos.



LA CRUZ, CENTRO

Cofradía en la Catedral: se hace patente la razón de Cruz, que Cruz es desde el llanto al nacer, hasta la última lágrima, y Cruz -digámoslo bien fuerte- para luego resucitar. Quiero subrayarlo: Vera-Cruz. Cruz para que el nazareno la tome. «Toma tu Cruz y sígueme», porque lo principal, en la vivencia de la fe cristiana, es la salvación realizada por la Cruz de Cristo. Bien claro lo dijo el clásico:

*Santidad y Cruz es una:
no hay Cruz que no tenga santo,
ni santo sin Cruz alguna.*

Por eso Sevilla hace pasar por las imponentes naves de su Catedral, además de por sus calles, toda una teoría inigualable de Cruz, en Cofradías: que la Cruz se toma y abraza; que a la Cruz se va; que a la Cruz se sube; que en la Cruz se está; que en la Cruz se muere; que de la Cruz se baja; y de la Cruz se resucita.

SE TOMA Y ABRAZA

Mirad a Jesús Nazareno, que toma su Cruz y la abraza. Con delicadeza, pero con firmeza. Con señorío incluso.

SE CAMINA

Mirad a Jesús de la Pasión, que, si a la Cruz se va, eso es ir derramando ternura y sufrimiento, suavidad y comprensión, mansedumbre y claridad.

Y os invito a verle andar, leve su pisada soportando el peso, cuando se impone la majestad del Dios-Hombre que nos pasa al paso de sus costaleros. Parece dejar como un perfume. Es Jueves Santo y Pasión está frente al Monumento.

SE SUBE



Y para subir a la Cruz, habrá que subir desnudo, como Cristo, Despojado de sus Vestiduras. Así el Cristo que sale de Santa Catalina, ahora en la Catedral; Exaltado en la Cruz, está desnudo; que cuando sea levantado, y lo ha sido, lo atrae todo hacia Él.

SE ESTA

Y en la Cruz se está para decir, en Siete Palabras, su abandono, el amor a la Madre, su preocupación por todos, su entrega al Padre, y su perdón: así, ¡qué bien estaba todo consumado!

Cruz, cátedra de Maestro, Cristo de la Buena Muerte; cada «levantá» a pulso, para no despertarlo; como si no fuera gritando a todos la magistral lección que cada día imparte en su Universidad, a sus universitarios; allí, aquí, y siempre, la sencillez de su programa: que lo más importante en esta vida es ¡el amor!

Cruz para estar en ella, que es trono de Rey, Cristo de la Expiración: es el barroco dorado de este paso, la altura de su canastilla, y la filigrana de sus candelabros, el imponente trono para Cristo que viene del Museo, mirando al cielo, a punto de morir. Calla, que ni fuerzas tiene para hablar, todo está dicho; pero en las cuatro esquinas del trono, que es su paso, los Evangelistas dan razón de su Palabra. Palabra de Rey. Palabra de Dios. Déjame subir hasta tus pies con un beso que signifique ¡gracias!

SE MUERE

Y en la Cruz ¡se muere!, que es el Calvario. Allí murió y así se llama el Cristo. Ahora sí: ¡ha muerto por nosotros! Silencio de Catedral, y cuatro hachones le alumbran. ¡Qué certera y fructífera, la muerte de Dios; qué serena y maravillosa la muerte de Dios que nos presenta Sevilla!

SE BAJA

Y porque de la Cruz se baja, descenderá de ella para ir al regazo de su Madre. Quinta Angustia, ¡cómo miras a tu Hijo que baja, preparadas las manos para recogerlo! Y me he dicho muchas veces que si seremos capaces de dejar la



Cruz vacía.

Cofrades: ¡no! Porque si al ponerse el sol de nuestras vidas, las manos han de estar llenas, necesitaremos para ello haber llegado a un fin bueno. Cristo del Buen Fin, para enseñarnos la sencillez franciscana de su Cofradía y la categoría de ese Centro Infantil de Estimulación Precoz. Ese es el corazón abierto del Cristo de la Lanzada.

MARIA JUNTO A LA CRUZ

María estuvo a su lado en la Cruz. Virgen del Valle. ¡Qué única manera sevillana la de su llanto! ¡Cómo refleja su cara la espada de dolor que le anunciaron! Y ahora, María, porque ya se lo han bajado, lo tiene en su regazo para la MoItaja, lo tiene en su regazo Servita para sus Dolores, lo tiene en su tierno regazo de Piedad del Baratillo. Mimo de caricias, mimo de abrazo, mimo hasta en la forma de mostrarlo.

Y María, desde ese duro momento, es, y para siempre, Consolación y Madre de la Iglesia.

ENTIERRO Y RESURRECCION

Santo Entierro de Cristo: Ya ni Cruz. ¡Qué dulce Cristo dormido, respeto de una Sevilla con luto de Sábado Santo!

. Pero aquí no acaba todo, ¡ni nada! Jesús resucitó, clave de nuestra fe. Jesús Resucitado vendrá en paso a la Catedral.

Siempre pensé que nuestra ciudad, ya en el Domingo de Ramos y en la Puerta de los Palos, nos anticipa en una semana ese otro Domingo de Gloria que es el de Resurrección. Son esos niños, que entraron con palmas y júbilo y que así van saliendo. Y es la Señora de Sevilla, Virgen de los Reyes, quien los oye, quien está sintiendo su bullir, quien conoce su inocencia, su alegría, ¡la que los hace suyos! Seguro que los sentaría en sus rodillas, su Niño les haría sitio y, si la llevaran, se asomaría al pie de la Giralda ¡como si fuera mañana de Agosto adelantada! ¡Luego dicen que Sevilla no sabe de la Resurrección!



AL CULMINAR LA CATEDRAL

¿Veis cómo en la Catedral, Cofradías y cofrades se han llenado? Medio camino ya, y queda claro que la fuerza para resucitar está en la Cruz. Y la Virgen, como siempre, ¡a nuestro lado!

LA VUELTA DE LA COFRADIA

Y el cofrade sevillano, que al salir supo dónde iba, que en la Catedral supo dónde estaba, al salir de ella «sabe de qué va», ¡no lo dudéis!: va de regreso, de remate de un esfuerzo, de seguir en la brecha, de continuar en la lucha. Hay que seguir y volver.

CON LUZ

La Cofradía, y el nazareno, para su vida precisarán luz que guíe, y la tendrán en la Estrella, que hasta nos bajará a través de esas manos que acogen inimitablemente.

Precisarán luz que ilumine todo el camino; y la tendrán en la Carretería, Virgen que acompaña.

Precisarán luz que dé calor, que queme, y lo tendrán en la Candelaria, ascua encendida la de su palio al volver.

Y luz porque va a hacer falta no perder el camino, ni dejarlo cuando la dificultad vuelve y vuelve en esta vida. Nazareno de la O, tres siglos de Cruz a cuestas, tres siglos ayudando a tantos cofrades que en Ti aprendieron y aprenden a caminar y mantenerse caminando.

CON ORACION

Y en la misma recoleta plaza de San Martín, ya de vuelta, Cristo orando, camino de Monte-Sión, en el momento del miedo y de la angustia -que siente profundamente-, asume la situación, no se evade de ella, y sólo pide al Padre



fuerzas. Cuando la suave bajada de la calle Saavedra nos aleje la hondura del Mensaje de ese paso, ¡sevillano!, yo quisiera que en la retina del alma te hubiera quedado bien fijo lo que en aquel rincón de ensueño contemplamos.

SIN SOLEDAD

Y porque la soledad es dificultad para salvar en la vida, ven conmigo a la Soledad que al pie de la Cruz - ahora vacía- regresa a San Buenaventura, regresa a San Lorenzo. Tú sabes de señorío, por eso, ¡mírala, con palio de cielo de Sevilla, en la estrechez a su medida de Cardenal Spínola, blanco y negro nazareno; que es Madre que sabe de riqueza en Soledad! ¡Si todo en el camino es Esperanza, Trinitaria bendita y salesiana!, que rozas la mañana gloriosa como diciendo: ¡A la Resurrección vamos y en Ella viviremos!

SIN TROPIEZOS

¿Que la dificultad nos lleva a tropezar?: aprende a salvar escollos, viendo subir la Alcaicería, con menudo paso costalero, al Cristo de Burgos que no roza los balcones, camino de la Alfalfa. Y por todo roce, la viejecita que, mediada la calle, toca y besa su mano que ha tocado al Dios muerto. Un respeto para el sencillo pueblo que así se manifiesta, ¡eso es entenderlo!

SIN VIOLENCIA

Y porque la violencia se ha instalado en nuestra sociedad, Cristo, Soberano Poder en su Prendimiento, en la Plaza del Salvador, al resguardo del olivo que mece la segura brisa de la noche -más que el son de los costaleros-, repetirá como le elijo a Pedro: ¡Violencia, no! ¡abandono y desconcierto, tampoco!; ni conformismo, sino militancia activa y perseverante, con una sola arma: el amor.

CON UNIDAD

Y porque la desunión corroe a los hombres, y así ni caminar se puede, y menos rematar camino, Cristo, en la Cena y en la estrechez de Placentines,



mostrará el Pan de la unidad; los costaleros abajo, codo con codo, hombro con hombro, sentirán la unidad que es fuerza; y el mismo pueblo, en la calle, apretujado, verá más fácilmente que el compartir les hace más hermanos. Sacramento de unidad: ¡Cofradías, qué tirón, para unir, si sois Sacramentales!

Este es el Sacramento de nuestra fe. Y así se me viene a los labios María, Regla de nuestra fe, la que atrae con esa dulce mirada que invita a entrar en su cálido regazo, ¡Panadera bendita de Sevilla!

LEVANTANDOTE

Y porque hasta puedes caer, te llevaré - ¡bien que la conozco! - a la impresionante mano puesta en la peña del Señor de las Tres Caídas, de mi Parroquia: Cristo postrado en tierra, pero mirando al frente. ¡Apresúrate, que en cualquier momento la lección de superación que da Cristo le va a levantar del suelo! Dejad que me sienta párroco. Dejadme gritar que la parroquia es centro del vivir la Iglesia, la comunidad que envuelve a todas las comunidades; y por ello, casa, hogar y fuerza para levantar al que ha caído; que, para tener, tiene dentro a la Hermandad y Cofradía, que en San Isidoro es unión palpable, que tanto valoro espiritual y sevillanamente.

Este año, uno más, no se verá venir por la Alcaicería a Jesús de las Tres Caídas; ni la Alfalfa enmarcará con primor de arquitectura a la bendita Madre de Loreto -ojos de amapola que entorna el viento, palio que en silencio navega al aire-; sólo ahora, a la vuelta en Francos, la cofradía roza su barrio y, sin subir la Costanilla, seguirá hasta el Templo que la acoge.

¡Providente Dios, que me tienes en ruinas la iglesia de piedra y, sin embargo, cada día más entera, construida y en pie, la Iglesia viva! Parroquia y Cofradía, feligreses y cofrades: una misma casa, un mismo calor, un mismo impulso, para levantarnos de la caída de la ruina, y de la ruina de la caída.

EN CONVERSION

Todo para convertirnos, de una vez, para día a día oír tu llamada, plantarte cara y ser valientemente sólo tuyos. Y si no fuere así, Cristo de la Conversión, dinos



desde Montserrat la palabra buena, en cada momento, hasta el último: que el volvernos a Ti ha de ser continuo, con esperanza cierta.

CON AMOR

Ya es evidente, Cristo, que lo Tuyo fue ¡todo amor!, que lo nuestro ha de ser ¡todo por amor! Que así se puede, Cristo del Amor, subir la rampa en el Salvador, concluida la estación de penitencia, para entrar como entras, testimonio de Tu morir por amor, presencia del Dios-Amor.

DOLOR COMPARTIDO

Es la noche del Domingo de Ramos. Mucho esfuerzo ha supuesto hasta el momento el regreso que aún no culmina; mucho dolor y fatiga, el camino del hombre por la vida. Se hace preciso refrescar el alma y aliviar la penitente marcha. Sevilla, si no es con María, no sabe hacerlo. Y Ella, ahora, en paso de palio.

En la calle Tetuán, una Cofradía puede caber. Por allí vuelve la disciplinada y blanca fila nazarena de mi Amargura. Allí se mide una cabal Cofradía. Por allí llega el palio de mi Virgen, canon cofradiero, modelo y paradigma. Virgen en cuya cara el sufrimiento se ha resumido en dolor. Dolor moral, porque no es físico. El mayor dolor de los dolores. Y eso significa, en Ella, andar con el ritmo único de su paso, llevar la justa flor, y esa preciosidad de manto, y esa corona, y llevar a su lado la plática, aunque muda, de San Juan que la acompaña, y la marcha, su marcha, con su nombre, para aliviar tanta Amargura. Desde la Cruz hasta la banda, Silencio blanco, que vuelve hasta su Templo.

Y poco después, la procesión medida, la estética con fondo así tan admirada, que se aprieta en Sor Angela, delante del convento; y las puertas de la Casa Madre que se abren, y el zaguán y el interior que rebosan, y las Hermanas que rezan de rodillas ante mi Virgen. Diálogo que es unión en el amor y el dolor de los hombres, de los que María es Madre y ellas son Hermanas. Virgen y vírgenes que a diario viven y sienten, comparten y alivian el dolor humano en la Sevilla que las tiene por suyas. ¡Mi Virgen de la Amargura!, ¡mi anual vivencia en estas oraciones!

Madre Angelita, que supo y sabe de la miseria en Sevilla, y hoy del paro que es quebranto, de la pobreza y el hambre, de la incomprensión y el llanto, allí cerca



espera que un año, en santa locura y, cuando allí esté ese palio, ¡Amargura!, dando frente a la ventana que viene a caer justito donde su cuerpo descansa, se decidan las Hermanas a abrirla de par en par: la Amargura Coronada podría ver a Sor Angela -copia fiel y terrenal de una escena celestial que día a día no acaba-. Sigue aquí su paso, el Paso: ellas, que tanto le alivian, en la Virgen hoy descansan. Todo un reguero de luz, las Hermanas de la Cruz... Cerca, ¡San Juan de la Palma!

MIRANDO AL CIELO

Todavía el son de Amargura estará prendido en el aire cuando una Virgen, que tiene los pies en el suelo y la mirada en el cielo, regresa paseando con alegría por el andén de nuestro Ayuntamiento. ¿Amargura y alegría?; alegría es oír Amargura allí, cuando se siente venir, sobre los pies, a la Virgen de las Aguas y parece querer recoger a Sevilla entre sus manos. Sólo le falta hablar, ¿qué nos diría?; no sé ... ¡seguro, tantas cosas! Y muchos, siquiera, le dirán: ¡ya tan bonita!

LA ENTRADA

Por tantos sitios, tantas noches, la Cofradía, cada Cofradía, ya va entrando:

A los muros de aquella Capilla, este Templo, la Basílica o la Parroquia, se acerca el eco de la Cruz de Guía y la procesión, o los sones de trompetas y tambores. Alguien, puntual, abrirá la puerta.

Aún fuera, cada calle, cada plaza, cada esquina y cada balcón, dará su particular fisonomía acorde con la peculiaridad de cada Hermandad.

EL BARRIO

Pero en Sevilla el barrio tiene un sello. Y quiero proclamar que es cierto que una Cofradía es ¡la voluntad de un barrio! ¡Y su Cofradía vuelve!

Fiesta en Santa Genoveva, donde no todos fueron nazarenos; que hay que ver a esas mujeres que detrás de los pasos, a cara descubierta, hicieron el recorrido. Manera sevillana de testimoniar la fe, que no sabe de rubores. Satisfacción de tantos que no pudieron salir de nazarenos, que con la Cofradía



anduvieron todo el tiempo sin dejarla, y ahora se hacen uno porque entra. Todo el barrio, que vibra cautivo de su Cristo, y agradeciendo las mercedes de Aquélla que es su Madre.

Cobijo en San Bernardo, porque Refugio es en verdad el nombre de la Virgen que congrega cada Miércoles Santo a ese barrio disperso, que quisiera volver para vivir siempre a su lado. Mimo para el Cristo de la Salud y María en su palio, cuando los vecinos engalanaban las fachadas con las sencillas macetas, en la estrechez de las calles. Otra vez la Hermandad, ¡palanca para tantas cosas!

Va a entrar la Cofradía: el barrio, que, aunque esté en el centro sigue siendo barrio, está a oscuras. Y hay comprensión y sintonía en los presentes con la Hermandad que vuelve pausada y recogida. Orfila, la Plaza, la callecita estrecha costeano San Andrés, y la plaza de su nombre, recogen al pueblo expectante. De la verja a la puerta, casi justo, cabe Cristo que trasladan al Sepulcro. Que es Caridad lo que los varones y las mujeres con Santa Marta hacen. La campana dobla a muerto en el corazón de la Madre de las Penas y hay silencio exterior y oraciones por dentro porque es mucho el dolor de la Señora. Huele a incienso que se ve envolviendo el Paso. Y una saeta, así parece más honda. Y cuando se cierran las puertas, y la oración concluya, todavía hablaremos en voz baja, porque un ser querido, ¡y tan querido!, ha muerto.

CASA HERMANDAD

Pero esta muerte da fruto de Resurrección y Vida. Ya ha sido enterrado el grano de trigo, y ya fecunda. Y el dulce Cristo que en Betania tuvo tanta convivencia con sus amigos hoy nos llama a la Casa-Hermandad, que es la Betania nueva, lugar donde llenarse, del encuentro y el diálogo fraternal: lugar del enriquecimiento, del compartirlo todo, ¡qué eso es Evangelio!, porque allí está Jesús en medio de nosotros. Y es casa para el cofrade -él y ella, no lo olvidemos- y casa para el joven o la joven que quieren y pueden vivir así su ser cristiano en Cofradías; y es casa para acoger a todo el que llame a su puerta y para salir en busca del hermano: que hay sitio y calor para todos.

RESPONSABILIDAD COFRADE



¡Cofrades de Sevilla!: ¡qué responsabilidad! Lo tenemos todo; a Jesús y su Madre, la Iglesia Diocesana, la Casa y los hermanos, la Cofradía tan hecha, y la Hermandad el año entero. Y hemos de responder, ¡nada menos que de la Religiosidad Popular de Sevilla! En una mano el Evangelio; en otra, nuestras Reglas, cada Regla a su estilo propio y único, pero todas comunes en esta tarea que Dios exige y Sevilla espera. ¡Si el Cardenal Spínola, primer Hermano Mayor camino de los altares, párroco y director espiritual, hubiera tenido la Casa-Hermandad para su labor de unión entre los cofrades ...! Pero el pregonero, también director espiritual y también párroco, sí las tiene: ¡ayudadme en este reto!

AL CULMINAR LA VUELTA

La Cofradía ha completa do su estación de penitencia. Ya está dentro. ¡«Sabía el cofrade de qué iba» al volver!: tenía que seguir luchando -como el hombre en esta vida - hasta el final. Y precisó luz, oración, unidad y amor, para superar la soledad, evitar la violencia, y levantarse de las caídas; compartir el dolor, mirar al cielo y, en definitiva, convertirse día a día. Porque así la muerte da fruto. Una vez más quedó claro, una vez más la Virgen hasta el final: María está en la Amargura y María, que es Gracia y Amparo, está en la Esperanza.

UN CAMINO DE ESPERANZA

Una senda, ya está dicho, que hay que andar en esperanza.

Esperanza, la que explota y conmociona a Sevilla por la Resolana y por la calle Pureza, brazos abiertos que abarcan a toda la ciudad de parte a parte; la ciudad, que necesita eso. ¡esperanza! Río de aguas y río de gentes, con la misma advocación en los labios y la misma certeza en el corazón: Esperanza, de Triana y de Sevilla.

*Con esos ojos luceros
que, haciendo la noche clara,
son resplandores del cielo
iluminando las aguas.
Aguas del Guadalquivir*



*que se miran en Tu cara
que no quisieran pasar,
que quisiera echar anclas
- corriente que no se fuera-.
¡Reina y Madre Soberana,
Marinera,
Esperanza en mi vivir
Esperanza de Triana!*

Las Cofradías y sus cofrades, el pueblo de Sevilla, hicieron todo esto: fue empaparse todo el año, y rebosar por siete días, ¡la Semana Santa de Sevilla!

Buen camino el de la Hermandad y Cofradía. Llano, como es la misma Sevilla. Y una mano a la que asirse, que es la de la Virgen, esperanzadamente confiados. Así, es verdad la «soleá» que dice:

*Conozco un camino llano
para llegar basta Dios
cogidito de Tu mano.*

Y ahora, ¡vámonos al otro extremo de mi Sevilla!, porque todo es ansia. Porque una sola vez al año, el corazón se empapa como aquí. Es de noche, y madrugada. Ya están abriendo su puerta, ya mismo estará saliendo, con la cintura bien puesta. Sevilla, te está esperando. Sevilla, te reza inquieta, y es un río incontenible del Arco a la calle Feria. ¡Es, esa cara tan guapa; es, tu belleza morena! Sevilla, ¡estaré contigo, Esperanza, Macarena!

Pregón de la Semana Santa, de la Semana Santa en mi ciudad. Por eso, serenamente, para ti, Sevilla, mi última palabra. Con el canto que hizo el sevillano San Isidoro, Arzobispo de esta Diócesis y lumbrera de la Iglesia universal, que aquí traigo en clave de Sevilla: «De todas las tierras que hay desde el Occidente hasta la India, tú eres la más hermosa, oh sacra, oh siempre feliz madre de príncipes y pueblos. Tú, decoro y ornato del Orbe, la más ilustre porción de la Tierra».

Sí -y yo añadiría-: ¡Dios te guarde, Sevilla, y la belleza te acompañe!





